

otras monstruosidades y la tendencia á generar determinadas formas teratológicas, son transmisibles por atavismo, y que se transmiten asociadas é íntimamente ligadas á las tendencias y perturbaciones intelectuales y morales.

La transmisión de los caracteres materiales, formológicos é intelectuales, no es una facultad especial de los procreadores inmediatos; pertenece á todos los antepasados, á todas las generaciones que se han sucedido desde el origen de la especie; y la fuerza vital é intelectual que bajo la influencia de causas exteriores determina el desarrollo de un embrión, es la resultante de las fuerzas y tendencias evolutivas de todas las generaciones ancestrales, acumuladas á través del tiempo, y transmitidas en virtud de las leyes hasta hoy desconocidas del atavismo.

Asombrado Montaigne, uno de los hombres de más talento en el siglo XVI, de los incomprendibles fenómenos del atavismo, que según él, superan á todas las dificultades del *milagro*, preguntaba: “¿Qué clase de monstruo es la *herencia*, para hacer que la gota seminal que nos ha producido lleve en sí misma, no sólo la forma corporal, sino también los pensamientos y las inclinaciones de nuestros padres? ¿En dónde puede contener esta *gota* un número infinito de formas, y cómo determina tales semejanzas

por procedimientos tan irregulares y temerarios que el bisnieto se asemeja al bisabuelo y el sobrino al tío?

El inteligente pensador heredó de su padre la litiasis renal, y empezó á “practicar el cólico,” según su feliz expresión, á los 45 años.

Fué el tercer hijo; tuvo muchos hermanos, y sólo él heredó la litiasis; con la circunstancia de que su padre, que murió á los 75, á consecuencia de un gran *cálculo vesical*, no comenzó á sentir los primeros síntomas de su enfermedad hasta los 67 años; y Montaigne nació cuando su padre todavía estaba joven y perfectamente sano.

Por esto decía el sorprendido filósofo: ¿En dónde se incubó durante tanto tiempo la propensión á este defecto? ¿Cómo pudo conservarse tan grande impresión oculta durante tanto tiempo en esa pequeña partícula de substancia con la que fuí construído?

No es en una gota, como creía Montaigne, en la que están encerradas las misteriosas energías del atavismo; es en una partícula mil y mil veces más pequeña que esa gota; es en el eterno filamento cromático nuclear, en el que están acumuladas todas las aptitudes físicas, morales y patológicas, aletargadas durante años, perpetuadas durante siglos, transmitidas integral-

menté de generación en generación; y todo esto realizado allá en el fondo de un abismo, al que antes del siglo XIX jamás hubiera osado ni asomarse la prodigiosa inteligencia humana.

\* \* \*

La inteligencia y la vida son eternas, eterna la materia, y eterno el movimiento.

La vida apareció sobre la tierra cuando la inteligente combinación de las moléculas inorgánicas pudo, realizándose en condiciones cósmicas apropiadas, organizar el primer protoplasma; pero antes que en la tierra, había ya aparecido en otros y otros mundos.

Sólo desaparece temporalmente en los astros que han llegado á perder por su enfriamiento progresivo las condiciones requeridas para que ella se manifieste.

Desde que en un mundo cualquiera de nueva formación puede la radiación solar engendrar el estado propicio para que la materia inorgánica se agrupe, se combine y se transforme en materia organizada, la vida que existía en las moléculas en estado de fuerza latente se convierte en fuerza viva y se manifiesta con toda su energía.

La vida jamás ha dejado de existir: sólo ha

sufrido y sufre constantemente profundas modificaciones; pero desde su origen, sea cual fuere, ha conservado las propiedades fundamentales que la caracterizan.

La primera, la más importante de estas propiedades, es la de agrupar los principios inorgánicos y transformarlos en materia viva.

Para que esta transformación pueda verificarse, dos condiciones son indispensables: en primer lugar, es necesario que el futuro sér esté colocado en un medio líquido, para que las sustancias disueltas puedan llegar hasta él.

Esto mismo se requiere para la combinación de los cuerpos inorgánicos; en biología como en química, es aplicable el antiguo principio de: *corpora non agunt nisi soluta*.

En segundo lugar, se requiere el concurso de las fuerzas y de los agentes cósmicos.

La materia viva no hace más que dirigir estas fuerzas y acumular cierta cantidad de ellas por un procedimiento de síntesis orgánica.

La complejidad química de la molécula viviente, tiene por consecuencias una inestabilidad extrema y una gran potencia reaccional.

En todo sér vivo hay dos movimientos: uno que le permite agrupar los elementos inorgánicos y modelarlos á su *imagen y semejanza*; el otro que tiende á hacer regresar á un estado más primitivo estos elementos.

El primer acto determina el paso de cierta cantidad de fuerza al estado latente; es un fenómeno de síntesis, de creación orgánica, de asimilación. El segundo acto, poniendo en libertad la fuerza acumulada, determina la destrucción orgánica: es la desasimilación.

Aquí, como en el mundo inorgánico, para producir es necesario gastar: para producir ácido carbónico se gasta mármol; para producir electricidad se gasta metal; para producir vida se gasta materia organizada. Esta ley rige todos los actos de la naturaleza.

En realidad no hay destrucción, hay una simple transformación. La materia pasa de un estado menos estable á otro más estable.

Ni en el mundo inorgánico se pierde la materia, ni en el mundo orgánico se pierde la vida: considerando, no el individuo, sino la celdilla generatriz que perpetúa la especie, la muerte natural no existe. El cuerpo, el *soma*, no sería, como dice Weisman, más que un apéndice de las celdillas de la reproducción, que son las verdaderas poseedoras de la vida. La serie de los cuerpos organizados no viene á ser en realidad más que un solo organismo indestructible y eterno.

La inteligencia precede y preside la organización de la materia. Así como los actos inte-

lectuales no son el resultado del cerebro, sino que el cerebro es el resultado de los actos intelectuales, puesto que la función es la que produce el órgano, y jamás el órgano produce la función; así la inteligencia de la materia es la que produce la organización del protoplasma.

Jamás se realizaría la formación de una masa protoplasmática viva, sin ser determinada por una fuerza inteligente, capaz de agrupar y combinar las substancias inorgánicas y transformarlas en materia organizada.

Suponed que la inteligencia es un modo especial de vibración de la materia y que la vida es el resultado de esa vibración, realizada en condiciones cósmicas determinadas, y colocad la materia en estas condiciones. La primera manifestación de la inteligencia será la agrupación de las moléculas en forma de una masa de protoplasma, de una *MONERA* de Heckel, forma la más rudimentaria de los seres organizados.

Poco á poco la parte externa de esta masa se condensará adquiriendo mayor consistencia, y formará una membrana. En el centro se formará un núcleo semisólido; en el interior de este núcleo aparecerán varias granulaciones ó nucleolos, y tendremos constituida una celdilla.

Esta celdilla llevará ya en sí misma los ca-

racteres que han de distinguirla en lo futuro á través de su completa evolución.

Se reproducirá por conjugación, fisiparidad, gemulación, ó bien por generación endógena, es decir, por división del núcleo y el protoplasma en dos masas distintas, de las que cada una vendrá á ser una nueva celdilla y se reproducirá á su vez de la misma manera.

A medida que la masa aumente, y para llenar las necesidades de la nutrición, se formarán órganos digestivos, desde una simple bolsa hasta el complicado aparato gastro-intestinal de los rumiantes.

Para buscar alimentos, será necesario trasladarse en pos de ellos, y para esto se formarán los órganos de la locomoción, desde las pseudopodias y las pestañas vibrátiles de los organismos unicelulares, hasta los vigorosos miembros del antílope y las potentes alas de los cóndores.

A medida que se ascienda en la escala zoológica, se verán los órganos asociarse formando aparatos correspondientes á diversas funciones, y se asistirá al perfeccionamiento progresivo de estos aparatos, desde el cerebro rudimentario de los crustáceos, hasta el cerebro del hombre, órgano el más perfecto de la función inteligencia, y centro de la asombrosa actividad del pensamiento humano.

La inteligente vibración del éter, materia imponderable que llena el Universo, es hasta hoy la génesis probable de todo movimiento y toda fuerza.

Desde el insignificante bathybius que vive en el profundo, en el obscuro fango del Océano, hasta el águila real que mece su plumaje entre las nubes; desde la amiba al neurona, desde el instinto al *genio*, no existe más distancia que algunas vibraciones de materia.

Ningún sér ha salido de la *nada*; *omnis cellula ex cellula*; los seres que hoy existen nacieron de otros que existieron antes y que les transmitieron la vida, como éstos á su vez la transmitirán á sus descendientes, perpetuando así, á través del tiempo y del espacio, la eterna vida de la especie.

Inque brevi spatio mutandur sæcla animantum.  
Et quasi cursores vitæ lampada tradunt.

Tenía razón Lucrecio. En breve tiempo pasan la generaciones, pero al pasar, van como los legendarios corredores Helenos, transmitiendo las unas á las otras la inextingible antorcha de la vida y la eterna luz de la inteligencia.

FIN.

